

## LENGUAJE EMBLEMÁTICO Y SÍMBOLOS DEL LIBRO

DIEGO NAVARRO BONILLA\*

### 1. INTRODUCCIÓN

Acudir a los significados y significantes de la literatura emblemática para explicar diversos aspectos de la historia de la cultura escrita ha sido una tarea emprendida anteriormente en estas mismas páginas<sup>1</sup>. No en vano, fue nuestro querido y siempre recordado Guillermo Redondo quien nos animó a elaborar una primera aportación sobre la dimensión política de los emblemas literarios en el V Seminario de Emblemática General (16-19 diciembre 2013). Pocas pero sentidas páginas éstas, ofrecidas a modo de homenaje para reconocer la inmensa gratitud de quienes tanto añoramos su magisterio y bonhomía.

En esta ocasión, se vuelve a reivindicar el interés del emblema como fuente de información que proporciona no pocos detalles a la hora de penetrar en el discurso de las prácticas, los resultados y, especialmente, las representaciones de las numerosas dimensiones que tienen a la escritura y a sus productos como elementos centrales de estudio.

«Leer o tener libros», según la expresión utilizada por Adriano de Freitas Carvalho para indicar las motivaciones que inspiraron la formación de una biblioteca personal, propició un interesante debate en torno a la lectura efectiva y provechosa de textos o, por el contrario, para fustigar la acumulación ostentosa de libros como «cuerpos muertos»<sup>2</sup>. Esta idea de la tenencia de libros como acto de vanidad frente a su lectura efectiva quedaría reflejada en el emblema atribuido a Joannes Sambucus, en el que dos figuras representan

---

\* Universidad Carlos III de Madrid.

<sup>1</sup> Diego Navarro Bonilla, «El mundo como archivo y representación: símbolos e imagen de los poderes de la escritura», *Emblemata: Revista Aragonesa de Emblemática*, vol. 14 (2008), pp. 19-44.

<sup>2</sup> José Adriano de Freitas Carvalho, «Como deve ser a biblioteca de um grande Senhor: o ter o ler», conferencia pronunciada en el curso de verano dirigido por Antonio Castillo y titulado: *Entre letras anda el juego: Libros, lecturas y lectores: Edad Media y tiempos modernos* (Alcalá de Henares, 6 a 9 de julio de 1999). Francisco de Quevedo, *Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos...*, Barcelona, Esteban Liberos, 1627. Cito la edición facsímil a cargo de José Manuel Bleuca, Madrid, CEGAL, 1980, p. 59. Cfr. Lía Schwartz, «El letrado en la sátira de Quevedo», *Hispanic Review*, vol. 54 (1986), pp. 27-46.



Fig. 1: «Vsus libri, non lectio prudentes facit». Joannes Sambucus, *Emblemata et aliquot Nummi Antiquis Operis...*, Amberes, Cristóbal Plantino, 1566. Cfr. Arthur Henkel y Albrecht Schöne (eds.), *Emblemata: Handbuch zur Sinnbildkunst d. XVI u. XVII Jh.*, Stuttgart, Metzler, 1976, p. 1288.

al lector frente al coleccionista, guiados por el lema: «No siempre enseño, no hay razón para que me repases a menudo, nuestra página hace acordarse de los lectores. El avaro posee un gran número de libros que vende, pero no fue más sabio que el librero [porque éste sólo los almacena y vende, no los lee]».

Por otra parte, la lectura provechosa con una intención moralizante y constructiva se recoge en numerosos tratados acerca de la formación individual no sólo de príncipes sino también de personas de toda condición. Recuérdese, además del célebre pasaje de Juan de Zabaleta o el opúsculo de Diego de Arce<sup>3</sup>, el capítulo dedicado a «Cuáles libros se deben leer y cuáles no» de la *Instrucción de la mujer cristiana*, 1532, de Juan Luis Vives; o el *Libro de la oración y meditación*, 1554 de Fray Luis de Granada. Por su parte, Juan Costa en su *Gobierno del ciudadano* (Zaragoza, 1584) recomendaba en el diálogo sexto y el séptimo la imitación de «los que bien gobernaron, dándose a leer historias» puntualizando después los «tres géneros de libros y dize de cuáles se aprovechará más el ciudadano»: es decir, los libros de oradores, historiadores y poetas, «que nos ponen delante los ojos mil provechosos avisos para la vida humana y afficionan a su lectura, atrayendo los ánimos de los que los leen con una amena y dulce ambrosía».<sup>4</sup>

Pronto las letras del siglo XVII, aunque ya mucho antes a través de la *Stultifera Navis* de Sebastián Brant (1494) y su comentario a cargo de Kayser-

<sup>3</sup> *De las librerías: de su antigüedad y provecho, de su sitio y ornato, de la estimación que de ellas deven hazer las repúblicas y de la obligación que los príncipes así seglares como eclesiásticos tienen de fundarlas, aumentarlas y conservarlas*. Murcia, primero del año 1608. Biblioteca Nacional (Madrid), ms. 17568. En adelante: BNE.

<sup>4</sup> Juan Costa, *Gobierno del ciudadano*, ed. Antonio Ubach Medina, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1998.

berger (1509),<sup>5</sup> centraron el objeto de una polémica cuya finalidad era definir la conveniencia de la lectura intensiva y provechosa frente a la acumulación estéril de libros («cuerpos sin alma»), lo que acabaría en la formación de los denominados «bibliotafios o librerías del ignorante».<sup>6</sup> Más aún, la no lectura de aquellos libros acumulados por vanidad, consignaba una práctica «por defecto», tan reprendida como la lectura «por exceso», representada en contraste por la lectura voraz glosada por François Geal.<sup>7</sup> Por ello, conscientes de que la lectura constituye una práctica ejecutada en función de gestos, espacios y hábitos lectores, merece la pena advertir qué tratamiento recibieron los actos de lectura en las representaciones iconográficas moralizantes de su momento.<sup>8</sup> Con tal intención atendemos a las «maneras de leer» como integrante de esa reconstrucción de las prácticas que organizan los modos del acceso al texto.<sup>9</sup>

Sin embargo, quisiéramos profundizar en un aspecto relacionado con la intensidad y el aprovechamiento de la lectura en el que, conjugando capacidades memorísticas personales y modos de lectura, se aconsejaba una lectura intensiva frente a la extensiva o superficial. Servirá como primer ejemplo el emblema atribuido a Sebastián de Covarrubias y Horozco en el que una redoma de boca angosta recoge la lluvia caída de una nube con un libro abierto.<sup>10</sup> Esta representación simbólica del acto de lectura y lo escaso del conocimiento registrado en la flaca memoria tiene su explicación en las siguientes palabras: «Pero comúnmente acontece leer, y percibir muchas cosas, y dellas quedarnos muy pocas. Y por esta razón, es comparada la memoria, a una redoma de boca angosta, que recibe la lluvia del cielo, y

---

<sup>5</sup> Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza; Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998, p. 333: «El primer sermón, correspondiente al título inicial del libro de Brant, fue, por supuesto, acerca del loco de los libros [...] Según Geiler, la primera campanilla anuncia al loco que colecciona libros pensando en la gloria, como si se tratara de muebles caros».

<sup>6</sup> Fernando Bouza, *Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid, Síntesis, 1992, p. 122. Fernando Bouza, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*, Salamanca, Seminario de estudios medievales y renacentistas, 2000, pp. 107-129, en p. 120. Jacobo Sanz Hermida, «Bibliomanía o la librería del ignorante», en Pedro M. Cátedra; Agustín Redondo y María Luisa López Vidriero (dirs.), *El libro antiguo español.V: El escrito en el Siglo de Oro: prácticas y representaciones*, Salamanca, Universidad; Publicaciones de la Sorbonne, Sociedad Española de Historia del libro, 1999, pp. 305-316.

<sup>7</sup> François Geal, «Algunas reflexiones sobre la lectura voraz en el Siglo de Oro», en Pedro M. Cátedra; Agustín Redondo y María Luisa López Vidriero (dirs.), *El libro antiguo español.V: El escrito en el Siglo de Oro: prácticas y representaciones*, Salamanca, Universidad; Publicaciones de la Sorbonne, Sociedad Española de Historia del libro, 1999, p. 132.

<sup>8</sup> Roger Chartier y Jean Lebrun, *Le livre en révolutions: entretiens avec Jean Lebrun*, París, Textuel, 1997.

<sup>9</sup> Roger Chartier, «Comunidades de lectores», en Roger Chartier, *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 29. Antonio Castillo Gómez, «Leer en comunidad: libro y espiritualidad en la España del Barroco», *Via Spiritus*, 7 (2000), pp. 99-122.

<sup>10</sup> Antonio Bernat Vistarini y John T. Cull, *Enciclopedia de emblemas españoles ilustrados*, Madrid, Akal, 1999, p. 682.



Fig. 2: «Periit parx máxima (La mayor parte fue despediciada)». Sebastián de Covarrubias y Horozco, *Emblemas Morales*, Madrid, Luis Sánchez, 1610. Antonio Bernat Vistarini y John T. Cull, *Enciclopedia de emblemas españoles ilustrados*, Madrid, Akal, 1999, p. 682.

la más della le cae por de fuera, y se pierde, siendo lo que entra en el vaso lo menos».

## 2. LOS LIBROS Y LAS LETRAS EN LA FORMACIÓN DEL PRÍNCIPE

La ingente literatura moralizante impresa durante los siglos XVI y XVII en torno a la educación y formación del príncipe recoge de forma insistente el aprovechamiento de la experiencia, a la que acudir para tomar consejo en el gobierno. De ahí que no pocos autores reservasen pensamientos para el ejercicio de la lectura como actividad de provecho para el gobernante.<sup>11</sup> A este respecto, habríamos de acudir a los conocidos memoriales de Páez de Castro, primeros referentes escritos de lo que será la librería escurialense.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Frey Alonso Remón (O.P.), *Gobierno humano sacado del divino de sentencias y exemplos de la Sagrada Escritura*, Madrid, Luis Sánchez, 1624, p. 89: «Muy digno es de un Rey saber pintar, saber esculpir, cantar, tañer, andar a cavallo, jugar las armas, edificar un fuerte, formar un esquadron, ser grande artillero en la tierra y gran marinero en la mar. Pero sobre todos los entretenimientos ninguno es tan fructuoso como la lección de buenos libros; digno buenos, porque si fuessen profanos, sería saltar del fuego, y dar en las brasas. Libros de sentencias morales de filosofía natural, y de historias verdaderas, pero ninguna lección llega ni puede a dar tanto fruto, como la lección de la Escritura Santa [...] porque allí se aprende a ser hombre de razón y a ser rey con la suficiente magestad y la necesaria clemencia y a ser christiano, christiano católico y católico santo».

<sup>12</sup> Madrid, BNE, ms. 5734, f. 277r: Memorial del rey don Phelipe II de mano del doctor Juan Páez. f. 278r: «en un memorial que de mi parte se ofreció a la S.M. del Emperador vuestro padre y después V.M. me hizo merced de oírle, traté brevemente la utilidad grande que de los buenos libros se saca, y el daño que el mundo recibió quando se perdieron; mostré cómo de los libros penden todas las artes y industrias humanas y en quanto peligro están de perderse, si no se da algún medio para que se guarden en lugar seguro. [...] Las librerías son causa que se haga amistad y concordia entre muy diversas naciones por vía de letras: viénense con seguridad los

Es decir, esta consideración del libro como tesoro, como objeto simbólico (oráculo) que proporciona experiencias y advierte con su ejemplo es la que nos lleva a la idea desarrollada en algunos emblemas y representaciones del siglo XVII: el libro como consejero mudo. Porque, la lectura de textos, además de ser una actividad provechosa por su contenido, acaba convirtiéndose en una necesidad en el momento en que el consejo prestado por los libros llega a equipararse con la advertencia y compañía de un selecto grupo de consejeros muertos. Conservar monarquías por medio de la violencia era un hecho especialmente reprendido en el emblema atribuido a Sebastián de Covarrubias y Horozco en el que «presupuesto que un Reyno o República no se puede conservar sin leyes, ni sin armas, con todo esso la milicia deve reconocer y batir estandarte al gobierno político. Para significar la violencia y fuerza que suelen hazer los militares que no respetan razón, leyes, ni justicia, se figura un libro atravesado por una espada».<sup>13</sup>

Este poder del libro, como instrumento siempre a mano para orientar las decisiones regias, se cargó también de unas particulares atribuciones simbólicas<sup>14</sup> que, ya desde antiguo, venía otorgando poderes taumatúrgicos y benéficos al libro y a la lectura de su contenido.<sup>15</sup> Sirva como ejemplo la conocida anécdota sobre cómo Alfonso V «el Magnánimo», rey de Aragón, cayó enfermo en Capua y «leyó la historia de Alexandro Magno en Curcio, y atribuyó a este alivio el aver sanado de la dolencia, y dixo, que ni Avicena ni Hypócrates, sino Curcio, le avía restituydo la salud».<sup>16</sup>

Hablar con libros como «cuerpos muertos», recibir el consejo discreto de los autores clásicos que plasmaron su pensamiento en los textos acabó siendo

---

principales ingenios a donde están las fuentes de la dotrina [...] Porque todo va eslabonado como tengo dicho, tras los libros van los hombres sabios y tras ellos los que quieren ser discípulos y éstos han menester a los escribanos y estampas y éstas los materiales que son papel y pergamino y lo demás. [...]».

<sup>13</sup> Antonio Bernat Vistarini y John T. Cull, *Enciclopedia de emblemas españoles ilustrados*, Madrid, Akal, 1999, p. 485.

<sup>14</sup> Sobre el simbolismo del libro véase la obra clásica de Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976, 2 vols., en vol. 1, pp. 423-489: «El libro como símbolo». Manuel García Pelayo, *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza, 1981, p. 47. Javier Herrero, «La metáfora del libro en Cervantes», en *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Venecia, 25-30 de agosto de 1980), Roma, Bulzoni, 1982, vol. 2, pp. 579-584. François Delpuch, «Libros y tesoros en la cultura española del Siglo de Oro: aspectos de una contaminación simbólica», en Pedro M. Cátedra, María Luisa López Vidriero y Agustín Redondo (dirs.), *El Libro Antiguo Español. V: El escrito en el Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad; Publications de la Sorbonne; Sociedad Española de Historia del libro, 1998, pp. 95-110.

<sup>15</sup> Del poder taumatúrgico de la escritura se ocupó Rita Marquilha, «Orientación mágica del texto escrito», en Antonio Castillo Gómez (comp.), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 111-128. Fernando Bouza, *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 93-109: «cédulas, nóminas, cartas de toque, resguardo, daño... y un escrito que hace bailar».

<sup>16</sup> Andrés Mendo, *Príncipe perfecto y ministros aiustados: documentos políticos y morales en emblemas*, Lyon, Horacio Boissat y George Remeus, 1662, p. 99.

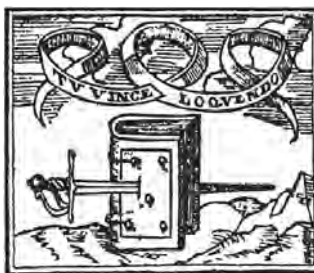


Fig. 3: «Tu vince loquendo (Tú vences en lenguaje)». Sebastián de Covarrubias y Horozco, *Emblemas Morales*, Madrid, Luis Sánchez, 1610. Cfr. Antonio Bernat Vistarini y John T. Cull, *Enciclopedia de emblemas españoles ilustrados*, Madrid, Akal, 1999, p. 485.

un lugar común de no sólo tratados de educación moral del príncipe sino también de emblemas, grabados y representaciones pictóricas.<sup>17</sup> Esta idea del «consejo mudo» proporcionado por la lectura de libros es la misma que el maestro La Torre ofreció en su *Institución de un rey christiano*, publicada en Amberes en 1556, pues, decía: los libros «suplirán la falta de sinceros amigos que claramente digan lo que conviene». Idea repetida en el emblema «Sine gratia et sine metu» de las Empresas morales de Juan de Borja en la que los únicos consejeros capaces de expresar clara y sin ambigüedades ni temores la verdad son los libros o consejeros muertos.<sup>18</sup> Por ello, esta necesidad del consejo proporcionado por los libros también fue un argumento perfectamente reflejado en una de las escenas del frontis de la edición del *Tácito Español* de Baltasar Álamos de Barrientos. Aquí, una mesa de consejeros que forman el reducido grupo de secretarios y hombres de despacho del rey, acoge los textos de consejeros mudos, reputados por la experiencia acumulada en sus páginas, procedente de otros tantos autores y textos clásicos en una clara toma de posición de las corrientes políticas que oscilaron desde el maquiavelismo al tacitismo: «Biblia Sacra, Titus Livius, Tacitus, Tucydides, Polybius». En definitiva y para concluir: un homenaje al viejo lugar común aquilatado por los padres de la historiografía que entendieron la misma Historia como *Magistra Vitae* y depósito de lecciones aprendidas.

<sup>17</sup> Aurora Egido, «La escritura en los tratados de Gracián», *Tropelías*, vol. 2 (1991), pp. 13-22.

<sup>18</sup> José Luis Sánchez Molero, «Los libros en la educación de Felipe II (1534-1545)», en *Felipe II, un monarca y su época: las tierras y los hombres del rey*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, [1998], pp. 13-18.



Fig. 4: Baltasar Álamos de Barrientos, *Tácito Español*, Madrid, Luis Sanchez a su costa y de Juan Hafrey, 1614. «Princeps non potest cuncta sua scientia complecti» (El príncipe no puede abarcar todas las cosas con su sola sabiduría); «Plura consilio, quam vi perficiuntur» (Más cosas se perfeccionan con el consejo que con la fuerza).